



NO SALE GRATIS

Llevo una buena temporada obsesionado con la forma en que, especialmente los políticos, pero también muchos personajes mediáticos, se hablan. Y lo que me llama especialmente la atención es la proliferación de insultos. Insultos literales, sin rubor y de la talla de “asesino”, “corrupto”, “mentiroso” y tantos otros que si menciono no acabamos.

Los insultos les funcionan a los personajes públicos para generar titulares, y para ganarse la admiración de los hooligans, pero creo que no son conscientes (porque si lo son y les da igual es problema es mayúsculo) de que el insulto es en gran parte responsable de la extrema polarización en la que vivimos. Y también de la agresividad que cada día vemos más en la calle.

¿Por qué esto es así? Pues es relativamente sencillo: porque el insulto, como ataque, apela directamente al cerebro límbico (el emocional) y lejos de provocar una reflexión consciente o serena, provoca una respuesta automática de contraataque. Y si seguimos el intercambio de insultos, entramos en un bucle que va escalando hasta llegar a la más que probable violencia física.

A base de insultos se consigue una sociedad irreflexiva, que se mueve sólo por emociones primarias, que reacciona sin poner consciencia, y que no se toma la molestia de querer entender. En este contexto el debate es imposible, y los acuerdos impensables.

Así que insultar, aunque parezca muy efectivo (para ganar titulares o adeptos) y para algunos muy ocurrente, no sale gratis. Porque hace un daño enorme socialmente.

Estamos con debates de mucho calado. Que son complejos, que requieren análisis y reflexión, y acuerdos. Y que son cruciales para nuestro futuro. Insultándonos no los vamos a resolver. Porque a base de insultos es imposible que nos escuchemos, y que reflexionemos. Como dice mi buen amigo Sergio Cardona, “el cerebro límbico primero

dispara y después pregunta”. Pues eso es lo que se provoca con el insulto: el disparo irreflexivo e inmediato.

No me creo capaz de influir en los políticos. Seguirán insultándose, pensando que lo hacen estupendo. Al menos hagamos que no sean nuestro referente, no los copiemos, y que nuestros debates familiares o entre amigos sean conscientes, reflexivos y ordenados. Que no nos lleven a disparar antes de preguntar o de entender.